

LA IMAGEN DE LA MUJER INDÍGENA EN LAS CRÓNICAS DE INDIAS

Francisca Noguero. Universidad de Salamanca

*Texto aparecido en las revistas *Escritura*, Venezuela, 1994, vol. XIX, nº 37-38, págs. 21-50, y *Journal of Hispanic Philology*, Estados Unidos, 1995-1996, Tomo 20: 1-3, pp.116-143. ISSN: 01475460.

Las crónicas de Indias ofrecen una visión de pueblos muy diferentes entre sí, que sólo podía unificarse a partir de ciertos estereotipos culturales compartidos por los escritores. Aún no existía el reconocimiento de la "singularidad" del otro, por lo que, como destaca Anthony Pagden en *La caída del hombre natural*, se establecía un método de aproximación antropológico basado en el estudio de las semejanzas entre las comunidades (PAGDEN 1982: 36). Los nativos americanos fueron excluidos de la civilización al aplicárseles calificativos como "exóticos" o "bárbaros", conceptos que en todo momento subrayaron las diferencias entre los hombres del Nuevo y el Viejo Mundo. Esta forma distorsionada de acercarse a una realidad "otra" se complicó en el caso de la visión de las mujeres, que culturalmente aparecían magnificadas o degradadas, pero nunca consideradas en igualdad de condiciones respecto al hombre. En las siguientes páginas abordaré la cuestión de la alteridad desde un doble punto de vista: el otro como **mujer** frente al varón y como **indígena** frente al europeo; de este modo, deseo contribuir a rellenar un hueco visible en los estudios coloniales que, afortunadamente, va decreciendo en los últimos años.

El estudio de la mujer en las crónicas de Indias se ha centrado principalmente en la odisea de las españolas que emigraron al Nuevo Mundo, relegando a un segundo plano la experiencia vivida por las nativas americanas⁽¹⁾. En el caso en que éstas últimas aparecen, nos topamos con un problema de base: aunque el espectro de mujeres que se engloban bajo el concepto de "india" era muy variado, éstas recibieron un tratamiento unitario, pues su imagen se construyó a partir de estereotipos procedentes del pensamiento europeo medieval y renacentista. He encontrado una primera e interesante oposición entre los cronistas que las presentan como mujeres bellas y virtuosas, intercesoras de los españoles frente a los varones americanos, y aquéllos que las describen como feas, egoístas, lujuriosas y malvadas. Asimismo, se repiten los arquetipos de la

noble guerrera (asociada al mito de las amazonas), la hechicera (que se granjea este título por su rebeldía frente al sistema colonial), la mujer objeto (de placer o de trabajos forzados), y la figura de la colaboracionista, de la que tenemos el ejemplo más acabado en Doña Marina "La Malinche", amante de Cortés y principal personaje femenino de las crónicas. A través de estos modelos se descubren los deseos, sueños, preferencias y prejuicios de los hombres hacia las mujeres en el siglo XVI.

La sexofobia, muy arraigada en la cultura hispana del momento, se manifiesta como una constante textual. La demonización de la carne convierte al cuerpo en un lugar de depravación. Esta mentalidad, heredera del *Adversus Jovinianum* de San Jerónimo, pedía moderar la actividad sexual incluso en el matrimonio -adúltero era también quien amara demasiado ardientemente a su esposa-. Por ello, Bartolomé de las Casas alaba a los indígenas en su *Apologética Historia*, incidiendo precisamente en las costumbres castas de éstos:

Sirve y ayuda muy mucho a la buena disposición de los entendimientos (...) la abstinencia y templanza cerca de las afecciones sensibles, viciosas, mayormente las venéreas o sucias. Desta creemos poderse decir con verdad que son más que otras gentes, por la mayor parte y comúnmente, moderados y templados -¡y pluguiese a Dios que los nuestros no les excediesen cuasi sin alguna medida!, como se puede cognoscer por la templanza de usar con sus propias mujeres, que no parece que las tienen para otra cosa sino para sustentar solamente la humana especie, que es el fin de la naturaleza, y no para salir de los límites de la razón (...). Y desto es uno y muy cierto argumento exterior que todos los españoles que han estado y están en estas Indias podrán tener experimentado (...) que en ninguna parte dellas hombre ha visto ni sentido a algún indio obrar deshonestidad, ni con mujeres propias, ni con otras casadas, ni solteras, i aun en las tierras donde, como en estas islas, todos andaban desnudos desde los pies a la cabeza (excepto las mujeres, que traían obra de dos palmos de tela de algodón con que cubrían sus vergüenzas), hombre no vido andando y conversando juntos en obras que hacían mujeres y hombres, que por el primer movimiento se sintiese alteración, más que si fuesen hombres muertos, en las partes inferiores (LAS CASAS 1992: 445-446).

Pero existen bastantes testimonios -tan exagerados como el de las Casas- que contradicen esta hiperbólica afirmación de la castidad indígena. En la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Bernal Díaz del Castillo relaciona el calor de la tierra con la sensualidad desbocada de los indios:

Eran los más dellos sométicos, en especial los que vivían en las costas y tierra caliente, en tanta manera, que andaban vestidos en hábito de mujeres muchachos a ganar en aquel

⁽¹⁾Buena prueba de este hecho son los títulos de PAREJA (1994) y PUMAR (1988), que se pueden consultar en la bibliografía final. Al tema de la vida de las mujeres en las colonias se acercan entre otros libros AIZPURU (1987), MURIEL (1992) y GONZÁLEZ (1991).

diabólico y abominable oficio (...). Pues tener excesos carnales hijos con madres, y hermanos con hermanas, y tíos con sobrinas, halláronse muchos que tenían este vicio desta torpedad (DIAZ DEL CASTILLO 1984 II: 456).

Gonzalo Fernández de Oviedo se sorprende de la libertad sexual de hombres y mujeres en el *Sumario de la natural historia de Indias*:

Los caciques y señores que son de esta gente tienen y toman cuantas mujeres quieren, y si las pueden haber que les contenten y bien dispuestas (...), aquéllas escogen y tienen; (...) tampoco para esto [el repudio de la pareja] es menester mucha ocasión, sino la voluntad de uno o de entrambos, en especial cuando no paren; y comúnmente las mujeres son buenas de su persona; pero también hay muchas que de grado se conceden a quien las quiere, en especial las que son principales, las cuales ellas mismas dicen que las mujeres nobles y señoras no han de negar ninguna cosa que se les pida, sino las villanas (FERNÁNDEZ DE OVIEDO 1986: 78-79).

En su *Crónica del Perú*, Pedro Cieza de León comenta la inexistencia en el Nuevo Mundo del concepto de virginidad y se escandaliza de que la homosexualidad se practique abiertamente:

Casábanse como lo hacían sus comarcanos, y aun oí afirmar que algunos o los más antes que casasen, a la que había de tener marido la corrompían, usando con ella sus lujurias. Y sobre esto me acuerdo de que en cierta parte de la provincia de Cartagena, cuando casan las hijas y se ha de entregar la esposa al novio, la madre de la moza, en presencia de algunos de su linaje, la corrompe con los dedos. De manera que se tenía por más honor entregarla al marido con esta manera de corrupción que no con su virginidad. (...) Como éstos fuesen malos y viciosos, no embargante que entre ellos había mujeres muchas, y algunas hermosas, los más dellos usaban (a lo que a mí me certificaron) pública y descubiertamente el pecado nefando de la sodomía, en lo cual dicen que se gloriaban demasiado (CIEZA 1986: 223-224).

De este modo, comprobamos cómo el discurso sobre la moral de los pueblos americanos cambia de acuerdo con la ideología y la experiencia de cada autor. Veamos a continuación las imágenes recurrentes difundidas sobre la mujer indígena.

EL DECHADO DE VIRTUDES CRISTIANAS

Algunos cronistas, indios y mestizos como Guamán Poma y el Inca Garcilaso, o defensores a ultranza de los nativos como Las Casas, ofrecieron una imagen de la mujer americana en la que ésta se define por los atributos de belleza y virtud. El Inca Garcilaso comenta el recato de las viudas nativas, hecho que sin duda agradaría a los españoles: "No es de dejar en olvido la honestidad de las viudas en común, que guardaban gran clausura por todo el

primer año de su viudez, y muy pocas de las que no tenían hijos se volvían a casar, y las que los tenían no habían de casarse jamás, sino que vivían en continencia" (GARCILASO 1984: 146). El también peruano Guamán Poma ofrece una imagen muy similar de las mujeres de su raza, culpando a las señoras españolas de las malas costumbres adquiridas por las indias:

INDIOS. Las dichas yndias destos reynos debotas a la cristiandad entran a los conventos de monjas. Saven leer, escribir y música y custorera. Saven labrar, cozer tanto como española, ladina y hazen puntas y lavandera limpias, panaderas, cozeneras, despenseras y demás oficio. Todo lo que saven las españolas lo saven y trabajan mejor que los hombres y savios y cristianas. Y si les enseñaran cosa uena, las dichas señoras fueran santas pero enseñale cosa mala y a media noche enbía fuera por las calles y ven todo lo malo. Y ancí salen putas aprovadas, mejor que sus amas haraganes, mentirosas en este rreyno (POMA 1987 II: 882).

Las Casas redundante en esta idea, ofreciendo un retrato de recato, moderación y "religión natural" de las nativas: "Son muy amadoras, las mujeres, de la gobernación de su casa, y ejercítanla con diligencia" (LAS CASAS 1968 III: 587); o un poco más adelante: "Las doncellas de que son ya casaderas, tiénelas dos años encerradas los padres, que ninguno las ve, y por esa guarda tan estrecha muchos las desean por mujeres" (LAS CASAS 1968 III: 587). Con estas declaraciones se hace eco de los cánones sobre conducta femenina mantenidos en la época. En el Eclesiástico (26: 12-14) ya leemos la necesidad de esta guarda femenina: "La deshonestidad de la mujer se deja conocer en su mirar desvergonzado, y en la altivez de sus ojos. Vela atentamente sobre la hija que no refrena sus ojos, no sea que hallando oportunidad, desfogue sus pasiones. Séate sospechosa toda inmodestia de sus ojos, y no te maravilles si no hace caso de ti" (BIBLIA 1991: 840).

Un poco más adelante se alaba de nuevo a la mujer recogida (26: 18-20) -"Es cosa que no tiene precio una mujer discreta y amante del silencio, y con el ánimo morigerado. Gracia es sobre gracia la mujer santa y vergonzosa. No hay cosa de tanto valor que pueda equivaler a esta alma casta" (BIBLIA 1991: 840). A fines del siglo XV fray Hernando de Talavera consideraba que su indefensión congénita aboca a la mujer a la casa -"porque comúnmente (...) están y fueron hechas para estar encerradas e ocupadas en sus casas y los varones para andar e procurar las cosas de fuera" (TALAVERA 1911: 61). Un siglo más tarde podemos leer en *La perfecta casada* (1583), manual de conducta femenina escrito por fray Luis de León, declaraciones como la siguiente:

Porque así como la Naturaleza (...) hizo a las mujeres para que encerradas guardasen la casa, así las obligó a que cerrasen la boca (...), porque el hablar nace del entender y las palabras no son sino como imágenes o señales de lo que el ánimo concibe en sí mismo; por donde, así como a la mujer buena y honesta la Naturaleza no la hizo para el estudio de las ciencias, ni para negocios de dificultades, sino para un solo oficio simple y doméstico, así les limitó el entender, y, por consiguiente, les tasó las palabras y las razones (DE LEÓN 1950: 117-118).

Haciéndose eco de este pensamiento Fray Toribio de Benavente, aunque señala que las sacerdotisas indígenas adoran al demonio, alaba el recato y la honestidad de estas mujeres, que compara con el de las monjas españolas:

A las espaldas de los principales templos había una sala a su parte de mujeres, no cerrada, porque no acostumbraban puertas, pero honestas y muy guardadas; las cuales servían a los templos por votos que habían hecho (...) y éstas todas eran doncellas vírgenes por la mayor parte, aunque también había algunas viejas, que por su devoción querían allí morir, y acabar sus días en penitencia. Estas viejas eran guardas y maestras de las mozas; y por estar en servicio de los ídolos eran muy miradas las unas y las otras. (...) Tenían una como maestra o madre que a tiempo las congregaba y hacía capítulo, como hace la abadesa a sus monjas, y a las que hallaba negligentes, penitenciaba; por esto algunos españoles las llamaron monjas, y si alguna se reía con algún varón dábanle gran penitencia; y si se hallaba alguna ser conocida de varón, averiguada la verdad a entrambos mataban. Ayunaban todo el tiempo que allí estaban, comiendo a mediodía, y a la noche su colación (...). Todas estas mujeres estaban aquí sirviendo al demonio por sus propios intereses: las unas porque el demonio las hiciese mercedes; las otras porque les diese larga vida (BENAVENTE 1985: 104-105).

Las Casas ofrece la descripción más acabada de mujer virtuosa al narrar la historia de la reina Anacaona, que brindó hospitalidad a los españoles y, sin embargo, fue linchada, ya que éstos pensaron que sería más fácil dar un escarmiento en una sociedad matrilineal que en una patriarcal⁽¹⁾. Por su parte, el Inca Garcilaso incluye en su *Historia general del Perú* una anécdota que refleja la maldad de las españolas frente a las mujeres indígenas, con las que establece un evidente contraste. El episodio cuenta la historia de ciertas damas traídas de la Península en 1538 para ser esposas de Pedro de Alvarado y sus hombres. Los matrimonios con indias, comunes en un principio, eran ya desaprobados en esta época por la corona, por lo que Alvarado, después de engendrar varios mestizos en México, había ido a España para casarse y regresar a América con su joven esposa Beatriz de la Cueva. Con ellos navegaron otras españolas prometidas a los compañeros del conquistador. La reacción de estas mujeres ante el

⁽²⁾Este episodio recogido en *Historia de Las Indias* es narrado más extensamente en *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (LAS CASAS 1985: 48).

Nuevo Mundo sirve de base a la historia del Inca, que advierte a los hombres ricos y viejos sobre los peligros que conlleva desposarse con una muchacha joven. La anécdota le permite al escritor reivindicar los derechos de las mujeres indígenas que, como su propia madre, la princesa Chimpu Ocllo, se unieron a los europeos para ser finalmente repudiadas por ellos. Las españolas, presentadas en principio como nobles señoras, utilizan a lo largo del episodio un lenguaje rudo y vulgar que las descalifica:

Una de ellas dijo a las otras: -Dicen que nos hemos de casar con estos conquistadores. Dijo otra:

-¿Con estos viejos nos habríamos de casar? Cásese quien quisiere, que yo por cierto no pienso casar con ninguno de ellos. Doylos al diablo; parece que surgieran del infierno según están de estropeados: unos cojos y otros mancos, otros sin orejas, otros con un ojo, otros con media cara, y el mejor librado la tiene cruzada una o dos veces! Dijo la primera: -No hemos de casar con ellos por su gentileza, sino por heredar los indios que tienen, que según están viejos y cansados, se han de morir pronto y entonces podremos escoger el mozo que quisiéramos en lugar del viejo, como suelen trocar una caldera vieja y rota por otra sana y nueva. Un caballero de estos viejos (...) (en quien las damas no habían puesto los ojos) oyó toda la plática, y no pudiendo sufrirla más, la atajó vituperando a las señoras, con palabras afrentosas, sus buenos deseos. Y bolviéndose a los caballeros, les contó lo que había oído y les dixo: "Casaos con aquellas damas que muy buenos propósitos tienen de pagaros la cortesía que les hiciéredes". Dicho esto, se fue a su casa y mandó a llamar a un cura, y se casó con una india, mujer noble, de quien tenía dos hijos naturales (GARCILASO 1960: 113-114).

Los testimonios sobre la belleza de las nativas se repiten en las crónicas. Las Casas, que les aplica el distintivo de "señoras", no duda en comparar su hermosura a la de las castellanas: "Yo conocí y vide algunos años después (...) de sesenta a setenta españoles vecinos casados todos con aquellas señoras o mujeres de los señores o hijas, que eran tan hermosas, cuanto podían ser las más hermosas damas que hubiese en nuestra Castilla (...). Señaladas fueron algunas en hermosura en el reino de Guayonex y en otras partes desta isla" (LAS CASAS 1968 III: 555).

Asimismo, Fray Diego de Landa destaca el atractivo y coquetería de las primeras pobladoras del Yucatán: "Que las Indias de Yucatán son en general de mejor disposición que las españolas y más grandes y bien hechas, que no son de tantos riñones como las negras. Précianse de hermosas las que lo son y a una mano no son feas; no son blancas sino de color moreno causado más por el sol y del continuo bañarse, que de su natural. No se adoban los rostros como nuestra nación, que eso lo tienen por liviandad" (LANDA 1985: 97).

Las Casas coincide en alabar la "belleza natural" de las americanas frente a la artificiosidad de las españolas: "No ocurre en ellas (...) como acaece hartas veces a las mujeres de España, que teniendo blancos y hermosos gestos, tantas blanduras se ponen y aceites, que es poco asco solamente vellas" (LAS CASAS 1968 III: 498). Fernández de Oviedo, interesado en utilizar el reclamo sexual para atraer pobladores al Nuevo Mundo, describe una especie de "sujetador" usado por las indígenas que, como oportunamente refleja la profesora Angeles Negre en su artículo sobre la visión de la mujer en algunos cronistas de Indias, estimuló sin duda el imaginario masculino europeo sobre las nativas americanas (NEGRE 1992: 15). Oviedo destaca tanto la coquetería como el valor de estas mujeres, siendo esta última virtud un eco del ideal caballeresco predominante en la época:

A las mujeres principales que se les van cayendo las tetas, ellas las levantan con barra de oro, de palmo y medio de luengo y bien labrada, y que pesan algunas más de doscientos castellanos, horadadas en los cabos, y por allí atados sendos cordones de algodón; el un cabo va sobre el hombro, y el otro debajo del sobaco, donde lo añudan en ambas partes; y algunas mujeres principales van a las batallas con sus maridos, o cuando son señoras de la tierra, y mandan y capitanean su gente (FERNÁNDEZ DE OVIEDO 1986: 92-93).

A veces la indígena asume un carácter mesiánico, adoptando un papel de intercesora de los españoles semejante al de la Virgen María entre los pecadores y Cristo. En *La Florida* del Inca, la mujer y las tres hijas del cacique Hirrihigua salvan la vida del sevillano Juan Ortiz cuando éste se encuentra en peligro de muerte. Destaca especialmente la acción de la hija mayor, "moça hermosa, discreta y generosa", que desobedece a su padre y ayuda a Ortiz enviándolo a la custodia del cacique Mucoço⁽¹⁾.

LA CRIATURA DE DESEOS INCONTROLABLES

Frente a esta imagen de virtud y belleza, ofrecida por cronistas precursores del pensamiento de Montaigne, encontramos la visión de la india como ser lujurioso y sensual, promiscuo y celoso, que por vivir en naturaleza rompe con las reglas más elementales de civilización. En la línea que seguirán posteriormente De Pauw o Buffon, estos escritores asocian la idea de desnudez al desorden sexual. Así lo comenta Michel Zink en *La Pastourelle*:

On sait que le thème de l'homme (ou de la femme) sauvage a connu au Moyen Age un énorme succès (...) Au XIIe et au XIIIe siècle, d'innombrables petites hommes sauvages sculptés dans le bois ornent les pignons des maisons, les balcons, etc. (...) A la fin du Moyen Age ce succès augmente encore et, est-ce une coincidence, surtout en Espagne:

⁽³⁾El episodio, que ocupa los capítulos II-VIII del libro II, ha sido comentado ampliamente por Carmen de Mora Valcárcel en "El discurso sobre la mujer indígena en *La Florida* del Inca Garcilaso" (DE MORA 1992).

tout un grand salon du Palacio del Infantado lui est consacré et on le retrouve sur le grand portail de l'Église de Valladolid, qui date de 1494-1496 (...) Il est obligatoirement nu, ou vêtu d'une ceinture de feuillage (...). D'une part l'homme ou la femme sauvage est lubrique et parfois même la vie sauvage qu'il mène est due à une faute d'ordre sexuel (ZINK 1972: 91).

Las huellas de esta imagen se detectan en la representación que el mercader turinés Girolamo Benzoni hizo de la india de Cumaná en su *Historia del Mondo Nuovo*. La fealdad de la mujer descrita se encuentra revestida de rasgos demoníacos:

Costei era tutta ignuda, salvo la parte vergognosa, che cosí costuma tutto il paese, era vecchia, dipinta di nero, con i capelli lunghi in fino alla cintura e gli anellini gli aveva tanto e tanto tirati che si distendevano in fin sulle spalle, cosa meravigliosa da vedere (...). Aveva l'ugna fora di modo lunghe, la dentatura nera, la bocca grande e le narici del naso forate con un anello dentro, detto da loro caricori; cosí un mostro ci appariva, piúosto che creatura umana (BENZONI 1964: 4).

La mentalidad mercantilista de Benzoni, interesada en el ahorro y la disciplina, lo lleva a aborrecer todo aquello que significa desorden y dispersión, por lo que critica la lujuria desaforada de los indios: "Quando sono bene ubriachi ciascuno si piglia quella femina che meglio gli pare e isfogano la loro lussuria e a pena osservano la madre e le figliole" (BENZONI 1964: 199). Amerigo Vesputio redundante en este aspecto: "Non usano infra loro matrimoni; ciascuno piglia quante donne vuole e, quando le vuole repudiare, le repudia senza che gli sia tenuta ad ingiuria o alla donna vergogna (...). Non sono molto gelosi e fuora di misura lussuriosi e molto piú le donne que gli uomini, che si lascia per onestà dirvi l'artificio che le fanne per contar loro disordinanta lussuria" (VESPUCIO 1984: 134).

Así lo señala también el florentino Galeotto Cei en *Descrizione delle Indie Occidentali (1539-1553)*: "Lascionsi corrompere di dieci anni con tanta lussuria como se fussino di venti, che non si può pensare né contare la loro sfrenata caldezza. Sono amiche di fanciulletti piccoli et li perseguitano tanto che li ammazzano" (CROVETTO 1990: 20)⁽⁴⁾. Pero si Cei decía de las indias que eran "focosissime e insaziabili", de las españolas comenta algo muy parecido: "le venute di Spagna, (...) che el caldo naturale et artificiale della terra le incita e sforza alla lussuria (...), le quali sono calide, sfacciate, senza vergogna, né honestá, ne rispetto" (CROVETTO 1990: 26).

⁽⁴⁾ El manuscrito de *Descrizione delle Indie Occidentali (1539-1553)* se conserva en el British Museum de Londres. Lo cito a partir del artículo de Pier Luigi Crovetto "La visión del indio de los viajeros italianos por la América del Sur" (CROVETTO 1990).

La crítica contra las indias se focaliza en el hecho de que mantenían costumbres prehispánicas como la promiscuidad sexual o el aborto. Algunos documentos oficiales, con el deseo de paliar los efectos de la alta mortalidad indígena, exigían a los matrimonios hacer vida en común recordándoles la obligación bíblica de procrear, y castigaban a las que abortasen o al menos intentaran hacerlo. En el trabajo de Alberto María Carreño "Un desconocido cedulario del siglo XVI" leemos algunas de estas prohibiciones: "La india que tomare patli para echar lo que tuviere en el vientre y la persona que se lo diere o aconsejare sean presas, y, con la información, traídas a la cárcel de esta corte (...). El marido y la mujer que no hicieren vida maridable de consuno que sean compelidos a ello, y para que lo hagan sean presos, y queriéndolo hacer sean sueltos" (CARREÑO 1944: 133).

Benzoni denuncia los frecuentes abortos: "Le femine con un certo sugo d'erbe disperdevano le loro gravidanze per non partorire le creature, e poi seguitavano i vestigi de i mariti loro impiccandosi" (BENZONI 1964: 61). Fernández de Oviedo comenta el aborto de un modo diferente, incidiendo en el carácter sensual de estas mujeres: "Tienen muchas de ellas por costumbre que cuando se empuñan toman una yerba con que luego mueven y lanzan la preñez, porque dicen que las viejas han de parir, que ellas no quieren estar ocupadas para dejar sus placeres, ni empuñarse, para que pariendo se les aflojen las tetas, de las cuales mucho se precian, y las tienen muy buenas" (FERNÁNDEZ DE OVIEDO 1986: 79).

Al oponerse por coquetería a la maternidad, función primordial de la "hembra" según el código ético imperante, las indias no merecen el respeto masculino, con lo que adquiere fuerza su papel de mujeres-objeto, derivado en este caso de su propio comportamiento⁽¹⁾. La paradigmática lujuria de estas mujeres se refleja en el siguiente testimonio recogido por Tzvetan Todorov de un gentilhomme de Savona, quien en el segundo viaje de Colón se encarga de "educar" sexualmente a una nativa, obteniendo según sus palabras los mejores resultados:

Habiendo capturado una muy bella mujer caribe, que el dicho Almirante me donó, y que -habiéndola llevado a mi cabina y estando desnuda según su costumbre- me inspiró el deseo de satisfacer mi placer. Quise ejecutar mis deseos pero ella no aceptó y me arañó de tal forma con sus uñas que hubiera preferido no haber nunca comenzado. Pero al ver

⁽⁵⁾En "Fundaciones míticas: el cuerpo del deseo en Waman Puma", la profesora María Antonio Garcés demuestra el carácter pro-andino pero anti-incaico de Felipe Guamán Poma precisamente a partir de la imagen femenina de Mama Waku, madre de Manco Capac y de la estirpe incaica, asociada en la *Nueva corónica y buen gobierno* con la creación de artes y hechicerías en la zona andina, con la contravención de la regla del incesto (ella funda la tradición de casarse con el hijo) y, lo que es más importante, con la práctica de una sexualidad libre (su naturaleza lujuriosa y seductora es reflejada ampliamente por Guamán Poma) (GARCÉS 1996).

esto (para contarle todo hasta el fin) tomé una cuerda y le propiné tan buena paliza que daba unos alaridos inauditos, que no lo podrían creer tus oídos. Finalmente llegamos a tal acuerdo que te puedo odecir que ella parecía haber sido criada en una escuela de putas (TODOROV 1987: 53-54).

Sobre el mal carácter de la mujer ya había advertido el Eclesiástico en el capítulo 25: 17-34, un fragmento repetido hasta la saciedad en la tradición misógina que transcribimos a continuación por su interés para entender la imagen femenina en las crónicas:

La tristeza del corazón es la mayor plaga, y la suma malicia, la malignidad de la mujer. Sufrirá uno cualquiera llaga, mas no la llaga del corazón; y cualquiera maldad, mas no la maldad de la mujer (...). No hay cabeza peor que la cabeza de la culebra, ni hay ira peor que la ira de la mujer; antes quisiera habitar con un león y con un dragón que con una mujer malvada. La malignidad de la mujer la hace inmutar su semblante y poner tétrico aspecto, como el de un oso, y la presenta tal como un saco de luto. (...) Toda malicia es muy pequeña en comparación de la malicia de la mujer; caiga ella en suerte al pecador. Lo que es para los pies de un viejo el subir un monte de arena, eso es para un hombre sosegado una mujer habladora. No mires el buen parecer de la mujer, ni de la mujer te enamores por su belleza. Grande es la ira de la mujer, y el desacato y la ignominia que de ahí se sigue. Si la mujer tiene el mando, se rebela contra su marido. La mujer de mala ralea aflige el ánimo, y abate el semblante, y llaga el corazón del marido. La mujer que no da gusto a su marido, le descoyunta los brazos, y le debilita las rodillas. De la mujer tuvo principio el pecado, y por causa de ella morimos todos. No dejes ni aun el menor agujero a tu agua, ni a la mujer mala le des licencia de salir fuera. Si ella no camina bajo tu dirección, te afrentará delante de tus enemigos. Sepárala de tu lecho, porque no se burle siempre de ti o de tu sufrimiento (BIBLIA 1991: 840).

Este tópico se aprecia en un comentario burlón de Fernández de Oviedo: "Llaman a la mujer ira en la provincia de Cueva, y al hombre chui. Este vocablo ira, dado allí a la mujer, pareceme que no le es muy desconveniente a la mujer, ni fuera de propósito a muchas de ellas acullá ni a algunas acá" (FERNÁNDEZ DE OVIEDO 1986: 79-80). En esta misma línea de pensamiento se encuentran los autores que critican los celos de las indígenas. Siguiendo de nuevo al Eclesiástico (26: 8-10) -"La mujer celosa es dolor y llanto del corazón: su lengua es un azote que alcanza a todos. Como el yugo de bueyes que está flojo, así es la mujer mala. Quien la toma, cuenta que toma un escorpión" (BIBLIA 1991: 840)-, Fray Diego de Landa, habituado a la obediencia de la peninsular, se escandaliza de que las indígenas obligaran a sus maridos a cumplir con el débito conyugal: "Son celosas, y algunas tanto, que ponían las manos en quien tienen celos, y tan coléricas y enojadas aunque harto mansas, que algunas solían dar vuelta de pelo a los maridos con hacerlo ellos pocas veces" (LANDA 1985: 99). Fray Toribio de Benavente incide de nuevo en el tema: "Fuera de estar beodos son [estos indios] tan pacíficos,

que cuando riñen mucho se empujan unos a otros, y apenas nunca dan voces, si no es en las mujeres que algunas veces riñendo dan gritos, como en cada parte donde las hay acontece" (BENAVENTE 1985: 75).

El fuerte prejuicio contra las nativas se observa en una constante repetida en los textos de la época: la crítica a los criollos (hijos de españoles nacidos en América) por haber sido amamantados con leche india, hecho que los hacía inferiores a los hombres venidos al Nuevo Mundo en edad adulta. Se consideraba que la leche otorgaba vínculos más fuertes a los de la misma sangre, de modo que las nodrizas indias corrompían a los jóvenes criollos al amamantarlos. Bernard Lavallé incluye algunos reveladores testimonios al respecto en su artículo "Del indio al criollo: evolución y transformación de una imagen colonial" (LAVALLÉ 1990: 319-342). Ofrecemos los dos más significativos de entre ellos. El dominico fray Reginaldo de Lizárraga se indignaba del descuido de los padres que dejaban sus hijos a las amas indígenas: "Nacido el pobre muchacho, lo entregan a una india o negra que lo críe, sucia, mentirosa, con las demás inclinaciones que hemos dicho y críase ya grandecillo con indiezuelos. ¿Cómo ha de salir este muchacho? Sacará las inclinaciones que mamó en la leche y hará lo que hace aquel con quien paca, como cada día lo experimentamos. El que mama leche mentirosa, mentiroso, el que borracha, borracho, el que ladrona, ladrón" (LAVALLÉ 1990: 322).

En 1635, el obispo de Popayán consideraba que el hecho de que los criollos hubiesen sido amamantados por indias bastaba para preferir a los sacerdotes peninsulares: "Se deben preferir los Hespañoles a los criollos, que la experiencia enseña cuán grande es la diferencia regularmente entre los hespañoles y los que se criaron con la leche destas mugeres indias, que son todos los que nacen acá, y a toda ley siempre fue bueno aver mamado buena leche y aun los indios conocen esta diferencia y quando hallan ocasión piden doctrineros hespañoles y no criollos" (LAVALLÉ 1990: 325).

Ofrecemos un último testimonio de esta idea en un autor indio. Guamán Poma, lógicamente, no rechaza la leche de las mujeres de su raza, pero critica el mal resultado que produce la mezcla de blancos e indios, y que da lugar a los corruptos mestizos:

ESPAÑOLES. SOBERBIOSA CRIOLLA o mestiza o mulata deste reyno en los pueblos. Criollas: Cómo las dichas criollas que se crió con la leche de las yndias son peores que mestizas y mulatas, negras, haraganes, mentirosas, enbusteras, bachilleras, golozas y no dizen la verdad, enemigo de los pobres yndios y no tiene caridad ni buena

obra con los pobres. Y las dichas mestizas son mucho más peores para las dichas yndias, sus tías y tíos y de sus madres, ama, que son contra los prógimos, pobres yndios. Destas dichas aprenden todas las dichas yndias de ser vellacas y enubedentes. No temen a Dios ni a la justicia. Como ven todo los dichos vellaquerías, son peores yndias putas en este rreyno y no ay rremedio (POMA 1987 II: 568).

Frente a la perversión de la leche india, se consideraba que la de la castellana poseía poderes curativos. Así se observa en el siguiente texto (aunque, al parecer, en este caso no funcionaron las milagrosas virtudes que se le atribuían): "Teniendo en sí la gobernación Marcos de Aguilar, como dicho tengo, estaba muy ético y doliente y malo de bubas; los médicos mandaron que mamase a una mujer de Castilla, y con leche de cabra se sostuvo cerca de ocho meses, y de aquellas dolencias y calenturas que le dieron falleció" (DÍAZ DEL CASTILLO 1984 II: 352).

LA MUJER FUERTE

En su estudio sobre la mujer en la literatura colonial, Julie Greer Johnson considera la imagen que los cronistas ofrecen de ella como resultado del espíritu caballeresco de la época⁽¹⁾. Las crónicas presentan a veces mujeres nativas fuertes y valerosas, de rasgos heroicos, categorizadas según el arquetipo de la legendaria amazona⁽¹⁾. Para entender este hecho hay que considerar el papel fundamental de las novelas de caballería en la época, que alcanzaron su mayor popularidad durante el primer tercio del siglo XVI y, como demostró Irving A. Leonard en *Los libros del conquistador*, eran leídas ávidamente a ambos lados del Atlántico⁽¹⁾. En las crónicas se observa el ideal caballeresco de honrar y proteger a las mujeres, y la visión idealizada de éstas por su valentía, influida por la glorificación hispana de la guerra y el ideal de fuerza. La mujer americana era más admirada cuando mostraba algunos atributos masculinos, pues la debilidad se consideraba propia de la española. Frente al encierro y pasividad de las

⁽⁶⁾Así se aprecia en el capítulo "Women in Early Historical Writings" (GREER 1983: 9-60). Aunque este hecho resulta muy importante en el corpus textual que analizamos, estamos comprobando que es demasiado reduccionista pretender que la imagen de heroica guerrera sea la única aplicada a la mujer en las crónicas de Indias.

⁽⁷⁾También se destacan los hechos de valientes mujeres-soldado españolas como María de Estrada, que combatió al lado de Cortés y destacó entre sus hombres. Carmen Pumar ofrece interesantes datos sobre estos personajes femeninos peninsulares (PUMAR 1988).

⁽⁸⁾El mito se mantendría durante bastante tiempo, como se aprecia en el teatro de la época. El encuentro de Orellana con las guerreras fue dramatizado por Tirso de Molina en su trilogía *Las Amazonas en las Indias*. Por su parte, Lope de Vega se inspiró en las noticias que ofrece Fernández de Oviedo para escribir su comedia *Las mujeres sin hombres*.

peninsulares, las americanas se mostraban activas, hecho que fascinó al conquistador⁽¹⁾. El mito helénico de las Amazonas, que había circulado ampliamente por Europa y se mantenía vivo en los relatos de viajeros procedentes de todas partes del mundo, recibió un nuevo impulso con el descubrimiento del Nuevo Mundo, donde lo imposible se hizo realidad⁽¹⁾. Como la fuente de la eterna Juventud, El Dorado, las Siete Ciudades de Cíbola o Utopía, la búsqueda de las Amazonas llevó a los españoles a recorrer dos continentes e influyó directamente en sus primeras impresiones de las nativas americanas. Este pensamiento se vio marcado decisivamente por la publicación de *Las sergas de Esplandián*, de Garci-Rodríguez de Montalvo, continuación del *Amadís de Gaula* que obtuvo un gran éxito. En uno de los episodios de esta novela de caballerías se narra el encuentro del héroe Amadís con la reina Calafia, personaje que sitúa su reino de mujeres en los territorios recién descubiertos: "Deberías saber que a la derecha de las Indias había una isla llamada California, muy cerca del Paraíso Terrenal, que estaba poblada por mujeres negras, sin un solo hombre entre ellas, cuya forma de vida era casi como la de las Amazonas. Estas tenían un físico poderoso y valientes y apasionados espíritus y gran fuerza" (LEONARD 1953: 156)⁽¹⁾.

Colón fue el primero en sugerir que las famosas "viragos" vivían en el Nuevo Mundo, localizándolas en cuevas de la isla Matinico en la anotación de su diario correspondiente al 6 de enero de 1493: "avia una isla donde no avia sino solas mugeres" (COLÓN 1982: 76). Diez días después las sitúa efectivamente en la isla citada, comentando que "era cierto que las avia" y que tuvo el deseo de capturar cinco o seis para traerlas a los reyes de España. Sin embargo, no pudo confirmar su hipótesis porque las malas condiciones de navegación impidieron que alcanzara esa orilla. También se hacen eco de ellas Pedro Mártir de Anglería en sus *Décadas*, Las Casas en *Historia de las Indias* y Cortés en sus *Cartas de relación*. Pero las Amazonas no sólo se ubicaron en México y el área caribeña. Fray Gaspar de Carvajal creyó descubrirlas en su relación de la exploración de Francisco de Orellana por Sudamérica:

⁽⁹⁾La española se encontraba más recluida que el resto de las europeas. Aun así, existieron excepciones a esta regla, reflejadas, entre otras publicaciones, en el ameno libro de Mary Elizabeth Perry *Ni espada rota ni mujer que trota: mujer y desorden social en la Sevilla de los siglos de Oro* (PERRY 1993).

⁽¹⁰⁾Estelle Irizarry ha demostrado la abundante bibliografía del mito en "Echoes of the Amazon Myth in Medieval Spanish Literature" (IRIZARRY 1983).

⁽¹¹⁾Las amazonas aparecen de nuevo en la novela de caballerías *Lisuarte de Grecia*, publicada en 1514.

Quiero que sepan cuál fue la cabsa por qué estos indios se defendían de tal manera. Han de saber que ellos son sujetos y tributarios a las amazonas, y sabida nuestra venida, vanles a pedir socorro y vinieron hasta diez o doce, que éstas vimos nosotros que andaban peleando delante de todos los indios como capitanas, y peleaban ellas tan animosamente que los indios no osaban volver las espaldas, y al que las volvía delante de nosotros le mataban a palos, y ésta es la cabsa por donde los indios se defendían tanto. Estas mujeres son muy altas y blancas y tienen el cabello muy largo y entrenzado y revuelto a la cabeza: y son muy membrudas, y andan desnudas en cueros, tapadas sus vergüenzas, con sus arcos y flechas en las manos, haciendo tanta guerra como diez indios; y en verdad que hubo mujer de éstas que metió un palmo de flecha por uno de los bergantines, y otras que menos, que parecían nuestros bergantines puerco espín (CARVAJAL 1986: 80-81).

Poco después, el germano Ulrico Schmidel "reconocería" a las guerreras en el Río de la Plata. El interrogatorio a un prisionero indio refleja la preparación psicológica de los españoles para acercarse a las amazonas, de las que deseaban las riquezas pero que también les intrigaban por su sociedad matriarcal⁽¹⁾. Para el Inca Garcilaso, que cuenta la expedición de Hernando de Soto a La Florida, también en esta zona de Norteamérica habitaron las belicosas mujeres, quienes lucharon arduamente contra los españoles en la batalla de Mauvila. El Inca menciona que los españoles no querían defenderse una vez que descubrieron que sus adversarios eran mujeres. Se trata de algo habitual en los anales de caballería, donde el caballero errante encuentra frecuentemente damas belicosas ante las que nunca hace gala de fuerza, sino de cortesía (DE MORA 1992: 168).

Algunos autores percibieron las diferencias entre las guerreras americanas y las míticas amazonas. En su *Historia general y natural de las Indias*, Fernández de Oviedo señala que los españoles aplican erróneamente el topónimo "amazonas" a lugares donde encontraron mujeres armadas pero que tenían los dos pechos, y no uno cortado, como indica el término griego "amazo" (equivalente a "cortar"). Gómara intentó asimismo explicar el mito: "La gente destas islas (lucayos o lucayas) es más blanca y dispuesta que la de Cuba ni Haití, especialmente las mujeres, por cuya hermosura muchos hombres de Tierra Firme (...) se iban a vivir a ellas (...), y

⁽¹²⁾Diana de Armas Wilson ha demostrado en su artículo "A imitación de las amazonas: mujeres aguerridas en *La Araucana*" (ARMAS 1996) cómo la imagen de estas mujeres genera un paradigma cambiante desde Grecia hasta el Siglo de Oro Español, pero coincide siempre en su presentación de una figura femenina de sexualidad anticonvencional, siempre militante y evasiva, una madre desnaturalizada que se aparea libremente y devuelve a los padres los hijos varones. De acuerdo con este canon, Ercilla constituye modelos femeninos imitadores de estas mujeres en la española Mencia de Nidos del canto siete y, especialmente, en la Fresia del canto treinta y tres, mujer del caudillo Caupolicán que, ante la derrota de su marido, lo insulta y abandona, entregándole al hijo común como prueba de su desprecio.

de ahí creo que manó el decir cómo por aquella parte había amazonas y una fuente que remozaba a los viejos" (LEONARD 1953: 156).

Pero el ideal caballeresco, tan importante en el tratamiento otorgado a la mujer, no se mantuvo en muchas ocasiones. Las Casas denuncia este hecho en su narración del asesinato de unas panameñas:

Tomaron setenta o ochenta doncellas e mujeres, muertos muchos que pudieron matar. Otro día juntáronse muchos indios e iban tras los cristianos peleando por el ansia de sus mujeres e hijas; e viéndose los cristianos apretados, no quisieron soltar la cabalgada, sino meten las espadas por las barrigas de las muchachas e mujeres y no dejaron, de todas ochenta, una viva. Los indios, que se les rasgaban las entrañas del dolor, daban gritos y decían: "¡Oh, malos hombres, crueles cristianos!, ¿a las iras matáis?" Ira llaman en aquella tierra a las mujeres, cuasi diciendo: matar las mujeres señal es de abominables e crueles hombres bestiales (LAS CASAS 1985: 60).

La fortaleza física de las mujeres americanas se contraponen a la debilidad de las españolas. Fray Toribio de Benavente destaca su valor frente al parto, comentando que dan a luz con menos trabajo que las españolas porque no se fuerzan inútilmente:

Si alguna de estas indias está de parto, tienen muy cerca la partera, porque todas lo son; y si es primeriza va a la primera vecina o parienta que la ayude, y esperando con paciencia a que la naturaleza obre: paren con menos trabajo y dolor que las nuestras españolas, de las cuales muchas por haberlas puesto en el parto antes de tiempo y poner fuerza, han peligrado y quedan lijadas y quebrantadas para no poder parir más (...); ni para el parto tienen aparejadas torrejias, ni miel, ni otros regalos de parida, sino el primer beneficio que a sus hijos hacen es lavarlos luego con agua fría, sin temor que les haga daño; y con todo esto vemos y conocemos que muchos de éstos así criados desnudos, viven buenos y sanos (BENAVENTE 1985: 125).

Las Casas ofrece un nuevo testimonio de este hecho: "Las mujeres destas islas y mayormente ésta, era cosa maravillosa con cuán poca dificultad y dolor parían, cuasi no hacían sentimiento alguno más de torcer el rostro, y luego, que estuviesen trabajando u ocupadas en cualquier oficio, lanzaban el hijo o hija, y luego lo tomaban y se iban y lavaban a la criatura, y a sí mismas en el río, después de lavadas daban leche a la criatura, y se tornaban al oficio y obra que hacían" (LAS CASAS 1968 III: 565).

Para Pedro Cieza de León esta facilidad para parir las asemeja a los animales: "Veo que muestran tener menos dolor cincuenta destas mujeres que quieren parir que una sola de nuestra nación. No sé si va en el regalo de las unas o en ser bestiales las otras" (CIEZA 1986: 127). Por su parte, Fernández de Oviedo exagera la curiosidad masculina con un dato que refleja

aspectos íntimos de la anatomía de las indígenas: "Pocos días dejan de hacer ejercicio por causa de haber parido, antes se cierran de manera, que según dicen los que a ellas se dan, son tan estrechas mujeres, que con pena los varones consumen sus apetitos, y las que no han parido están que parecen casi vírgenes" (FERNÁNDEZ DE OVIEDO 1986: 79).

LA HECHICERA

En las crónicas se repite el caso de mujeres que, por enfrentarse al poder colonial, son consideradas hechiceras. La brujería asume el papel de arma de resistencia. Son frecuentes los testimonios en que ciertas indígenas, generalmente viejas, son amonestadas por la autoridad debido a su fidelidad a las tradiciones precolombinas.

Sin embargo, el calificativo de "bruja" se extendía a cualquier mujer que violentara el principio de autoridad masculina. El siguiente testimonio, referido a una española, refleja claramente cómo la desobediencia femenina a la autoridad era considerada inmediatamente síntoma de hechicería. En 1530, las peninsulares viudas de españoles tenían derecho a heredar una encomienda a condición de que contrajeran nuevas nupcias antes de un año de la muerte del marido. Cuando Cortés fue a las Hibueras y su empresa sufrió grandes calamidades, se corrió la voz de que todos los expedicionarios habían muerto. Los oidores de la primera audiencia ordenaron a las presuntas viudas que volvieran a desposarse. Una de ellas se negó asegurando que las noticias eran falsas y que estaba dispuesta a seguir esperando al esposo. Su desobediencia fue castigada con azotes, justificados mediante la acusación de hechicería, puesto que se atrevió a sostener con tal seguridad algo contrario a lo que las autoridades defendían. Así lo cuenta Bernal Díaz:

E porque una mujer de un Alonso Valiente, que se decía Juana de Mansilla, no se quiso casar, y dijo que su marido y Cortés y todos nosotros éramos vivos, y que no éramos los conquistadores viejos personas de tan poco ánimo como los que estaban en el peñol de Coatlan (...) y que tenía esperanza en Dios y que presto vería a su marido Alonso Valiente y a Cortés y a todos los demás conquistadores viejos de vuelta para México, y que no se quería casar; porque dijo estas palabras la mandó el factor azotar por las calles públicas de México, por hechicera (DÍAZ DEL CASTILLO 1984 II: 313)⁽¹⁾.

⁽¹³⁾Cuando el marido regresó, las opiniones se trocaron y la virtud de esta mujer fue reconocida públicamente: "Y además desto, la primera cosa que el tesorero hizo, fue mandar honrar a Juana de Mansilla, que había mandado azotar el factor por hechicera; y fue desta manera, que mandó cabalgar a caballo a todos los caballeros de México, y el mismo tesorero la llevó a las ancas de su caballo por las calles de México, y decía que como matrona romana hizo lo que hizo, y la volvió en su honra de la afrenta que el factor la había hecho" (DÍAZ DEL CASTILLO 1984 II: 326).

Guamán Poma refleja con claridad la actitud subversiva de las indias peruanas, que se rebelaron contra la colonización regresando a su antigua religión. La profesora Irene Silverblatt cita dos textos del cronista peruano en los que se aprecia claramente este hecho:

[Las indias] no quieren servir a Dios ni a su Magestad y se ausentan y se están en las punas, estancias (...). Y así no se confiesan ni vienen a la doctrina ni a misa ni le conocen el padre ni el corregidor ni cacique principal ni obedese a sus alcaldes y caciques principales (...) y vuelven a su antigua ydúlatra ni quieren servir a su Magestad (...). Las dichas tres viejas... (se lamentaban diciendo): "Señor, digo que mis abuelos antepasados deven de ser ydúlatras como xentiles, como españoles de Castilla y los romanos, los cuales se acabaron aquellos. En esta vida somos cristianos y bautizados, Y así agora a culpa del otro adoraremos a los serros o ci no, todos yremos al monte hoydos pues que no ay justicia en nosotros en el mundo (SILVERBLATT 1993: 150).

Este testimonio es paralelo al que ofrece el sacerdote Juan Antonio Rivera de Neira: "A dos de las yndias... las hice sacar por dicha plaza en un burro y mandé dar tres azotes en cada esquina, mas esto no fue tanto por las abandijas aprehendidas, agüeros y supersticiones en que están envueltas, quanto por tener atemorizado y alborotado el pueblo con su fama de echiceras, no querer acudir a oír misa ni la doctrina, en público desobedecimiento a mí como tal párroco y a los alcaldes y fiscales" (SILVERBLATT 1993: 154).

LA MUJER OBJETO

De todas las imágenes femeninas presentes en las crónicas, la más frecuente es la de la nativa como mujer-objeto, ya sea instrumento de placer o víctima de trabajos forzados. "El paraíso de Mahoma", sobrenombre que recibió la provincia del Paraguay, refleja la importancia de la mujer americana como objeto sexual en el imaginario masculino.

Para Bernal Díaz las nativas constituyen parte del botín de guerra. En el capítulo CXXXV de su *Verdadera historia de la conquista de Nueva España* narra cómo los hombres las herraban con la marca de la esclavitud, surgiendo disputas entre ellos por las irregularidades en el reparto de las mujeres raptadas:

El pobre soldado que había echado los bofes y estaba lleno de heridas por haber una buena india, y les habían dado naguas y camisas, había tomado y escondido las tales indias, y cuando dieron el pregón para que se llevasen a herrar, creyeron que a cada soldado volverían sus piezas y que apreciarían qué tantos pesos valían (...). Cuando metimos las piezas (...) en aquella casa, [los jefes] habían ya escondido y tomado las

mejores indias, que no pareció allí ninguna buena, y al tiempo de repartir dábannos las viejas y ruines (DÍAZ DEL CASTILLO 1984 II: 504-505)⁽¹⁾.

La violación de las indias, tan contraria al espíritu caballeresco, fue frecuentemente denunciada. Así se aprecia en los textos de Las Casas: "[los soldados] andaban tras las mujeres y las hijas porque ésta es y ha sido la ordinaria y común costumbre de los españoles en estas Indias" (LAS CASAS 1968 II: 428). Pedro Cieza de León refleja el miedo de las nativas a los españoles en un escalofriante episodio recogido en su *Crónica del Perú*:

EL DEGÜELLO DE UNA BELLA

Estando en la provincia de Paucura un Rodrigo Alonso y yo y otros dos cristianos, íbamos en seguimiento de unos indios, y al encuentro salió una india de las frescas y hermosas que yo vi en todas aquellas provincias; y como la vimos la llamamos, la cual, como nos vio, como si viera al diablo, dando gritos se volvió adonde venían los indios de Pozo, teniendo por mejor fortuna ser muerta y comida por ellos que no quedar en nuestro poder. (...) Y la india cuando se fue para ellos no hizo más de hincar la rodilla en tierra y aguardar la muerte, como se la dieron, y luego se bebieron la sangre y se comieron crudo el corazón con las entrañas, llevándose los cuartos y la cabeza para comer la noche siguiente (CIEZA 1986: 131).

Guamán Poma considera que la pérdida de valores morales de la indígena es consecuencia de la conquista. Según este cronista, "la mujer tenía gran honrra y virginidad en el tiempo de los Yngas Ydúlatras. Agora los padres, saserdotes de las doctrinas, los a echado a perder en este rreyno"(POMA 1987 II: 424). La transformación de las mujeres en prostitutas fue uno de los hechos más frecuentes:

CORREGIMIENTO

Las dichas justicias y corregidores y padres de las dotrinas y tinientes de las ciudades y villas y provincias deste rreyno, con poco temor de Dios y de la justicia y de la ley de cristiano, andan rroncando y mirando la güergüenza de las mugeres casadas y donzellas y hombres prencipales. Y andan rrobando sus haziendas y fornican a las cazadas y a las donzellas los desvirga. Y acá andan perdidas y se hazen putas y paren muchos mesticillos y no multiplica los yndios (POMA 1987 II: 414).

NEGROS, CÓMO LOS CRIOLLOS negros hurtan plata de sus amos para engañar a las yndias putas, y las negras criollas hurtan para servir a sus galanes españoles y negros (...) "Aquí tienes plata, india"/ "Señor, muy señor"/luxuria (POMA 1987 II: 764).

Este autor también denuncia con frecuencia los trabajos forzados de las indias:

PADRES QUE HAZE TEGER ROPA por fuerza a las yndias, diciendo y amenazando questá amanzibada y le da de palos y no le paga (...) Cómo los dichos padres de las

⁽¹⁴⁾A título anecdótico destacamos que las indígenas eran cotizadas siempre a precio inferior de los hombres negros, y muy por debajo de un buen caballo.

dotrinas hilan y texen, apremian a las biudas y solteras, deziendo questá amanzebada con color de hazelle trabajar cin pagalle. Y en ello, las yndias hazen grandes putas y no ay rremedio (POMA 1987 II: 596).

PADRES. FRAILE DOMINICO MUI colérico y soberbio que ajunta solteras y buidas, deziendo que están amanzebadas. Ajunta en su casa y haze hilar, texer rropa (POMA 1987 II: 692).

CAVILDO DE LA QUEXA QUE pidió la pobre yndia contra el padre y pide justicia. Dize la yndia que, deciéndole amansebada, le a hecho hilar, texer y castigado muy mucho a la pobre yndia. El dicho alcalde le da carta de justicia, para que el señor bicario le oyga y le haga justicia y lo abise a su señoría obispo para que sea castigado el padre y a otros exenplo en este rreyno (POMA 1987 II: 702).

Para satisfacer las exigencias tributarias del sistema colonial, los curacas casaban a los jóvenes antes de que éstos tuvieran edad apropiada para el matrimonio; otros obligaban a muchachas jovencísimas a desposarse con hombres mayores con esta misma finalidad:

PADRES. POR FUERZA CASAMIENTO que hazen los dichos padres de las dotrinas y a otros no la quiere cazar, aunque lo piden y tiene depocitada (POMA 1987 II: 608).
Guamán Poma denuncia los malos tratos físicos prodigados a las indígenas:

PADRES. MALA CONFICION QUE que haze los padres y curas de las dotrinas. Aporrea a las yndias preñadas y a las biejas y a yndios. Y a las dichas solteras no las quiere confezar de edad de beynte años, no se confiesa ni ay rremedio de ellas (POMA 1987 II: 612).

Puesto que la mujer precolombina vivía en la mayoría de los casos sometida al poder masculino, fue frecuente la entrega de indias a los españoles por parte de sus parientes varones. Así lo destaca Claudio Esteva-Fábregat: "La entrega de mujeres indias por acuerdos y alianzas con los caciques y jefes indios estaba generalizada, ya desde el mismo momento del Descubrimiento colombino, y se confirmó y extendió a lo largo del continente. En las Antillas y en Tierra Firme las hijas de los principales eran entregadas a los mandos y capitantes españoles, mientras que las de menor alcurnia se ofrecían a los soldados" (ESTEVA 1988: 143).

Algunos hombres empeñaban a sus mujeres para salvarse del trabajo en la mina, como se testimonia en el siguiente texto de fray Buenaventura de Salinas:

[Los mitayos] alquilan a sus hijas y mugeres a los mineros, a los soldados, y mestizos, a cincuenta y sesenta pesos, por verse libres de la mina. Y ahora escribe un Clérigo Sacerdote y Cura, que habiéndole sacado un soldado de la Iglesia, a donde se había venido a recoger una india muy hermosa de diez y seis años, fue a pedir al Cura auxilio de la justicia, y decía: Señor Corregidor, Isabel (...) está empeñada en setenta pesos, de

que tengo de su padre, que libré de la mina, y hasta que la saquen y devuelvan mi plata, no la tengo que entregar, sino servirme de ella. Y así se la dejó llevar el corregidor a su albedrío, llorando la india, diciendo que aquel español quería por fuerza estar amancebado con ella: que cómo no le valía la Iglesia: y habiendo nacido libre en su tierra, la hacían esclava del pecado (ROEL 1970: 109-110).

En otras ocasiones, sin embargo, la defensa de las mujeres de la familia era el detonante del enfrentamiento entre americanos y españoles: "INDIOS. DEFIENDE DEL ESPAÑOL A su hija su padre y su madre los pobres indios. Soberbia y luxuria. Que los dichos yndios por qué causa y rrazón salen de los dichos sus pueblos. Porque les quita a sus mugeres y hijas los dichos corregidores, o el dicho escrivan, el dicho padre y su ermano el comendero y sus hijos y mayordomos para sus servicios y mansebas" (POMA 1987 II: 946).

LA COLABORACIONISTA

En las crónicas se repite el cliché de la mujer indígena deslumbrada ante el valor, la astucia y la fuerza de los españoles. Para Fernández de Oviedo, las indias nobles no tenían problemas en relacionarse con los españoles por considerarlos muy "hombres": "Como los conocen por muy hombres, a todos los tienen por nobles comúnmente (...), y por honradas se tienen mucho cuando alguno de los tales las quisieren bien; y muchas de ellas, después que conocen algún cristiano carnalmente, le guardan lealtad si no está mucho tiempo apartado o ausente, porque ellas no tienen fin a ser viudas, ni religiosas que guarden castidad" (FERNÁNDEZ DE OVIEDO 1986: 79).

Bernal Díaz comenta en este sentido un episodio significativo, en el que doña Marina, la amante indígena de Hernán Cortés, desbarata una conjura contra los españoles engañando a los indios:

Una india vieja, mujer de un cacique, como sabía el concierto y trama que tenían ordenado, vino secretamente a doña Marina, nuestra lengua, y como la vio moza y de buen parecer y rica, le dijo y aconsejó que se fuese con ella a su casa si quería escapar con vida, porque ciertamente aquella noche o otro día nos habían de matar a todos, porque ya estaba así mandado y concertado por el gran Montezuma (...); y porque sabe esto, y por mancilla que tenía de la doña Marina, se lo venía a decir, y que tomase todo su ható y se fuese con ella a su casa, y que allí la casaría con un su hijo (...). E como lo entendió doña Marina, y en todo era muy avisada, le dijo: "¡Oh madre, qué mucho tengo de agradeceros eso que me decís! Yo me fuera ahora, sino que no tengo de quien fiarme para llevar mis mantas y joyas, que es mucho. Por vuestra vida, madre, que aguardéis un poco vos y vuestro hijo, y esta noche nos iremos; que ahora ya véis que estos teules están velando, y sentirnos han (DÍAZ DEL CASTILLO 1984 I: 291).

Acto seguido, la Malinche avisa a Cortés y sus hombres del peligro que corren. La imagen de doña Marina posee una gran ambivalencia, como se ha reflejado en la enorme bibliografía generada en torno a su figura⁽¹⁾. Su historia, de nuevo, es la de una mujer entregada por nativos americanos a los españoles. Al desembarcar en 1519, los jefes indígenas de la costa ofrecieron espontáneamente muchachas jóvenes como regalo a Cortés y sus soldados. El general recibió a Malinche, hija de la pareja que gobernaba la ciudad maya de Paynalá. Su madre viuda y su padrastro ya la habían regalado antes a un grupo de indígenas xicalango para privarla de su herencia en beneficio de su hermanastro menor; los xicalango la cedieron a los indios tabasco cuando fueron conquistados por éstos, por lo que Cortés fue su tercer amo. Habitualmente, se ha presentado a esta mujer como el prototipo de la colaboracionista, progenitora de una prole mestiza que vive bajo el estigma de la ilegitimidad. En el capítulo "Los hijos de la Malinche" de *El Laberinto de la soledad*, Octavio Paz la tacha de "vende patrias":

Si la Chingada es una representación de la madre violada, no me parece forzado asociarla a la conquista, que fue también una violación, no solamente en el sentido histórico, sino en la carne misma de las indias. El símbolo de la entrega es la Malinche, la amante de Cortés. Es verdad que ella se da voluntariamente al conquistador; pero éste, apenas deja de serle útil, la olvida. Doña Marina se ha convertido en una figura que representa a las indias, fascinadas, violadas o seducidas por los españoles. Y del mismo modo que el niño no perdona a su madre que lo abandone para ir en busca de su padre, el pueblo mexicano no perdona su traición a la Malinche. Ella encarna lo abierto, lo chingado, frente a nuestros indios, estoicos, impasibles y cerrados (...). De ahí el éxito del adjetivo despectivo "malinchista", recientemente puesto en circulación por los periódicos para denunciar a todos los contagiados por tendencias extranjerizantes (PAZ 1981: 90).

El lamento del mestizo marginado en la actualidad, "¡Somos todos hijos de la chingada!", refleja cómo era el poder patriarcal el que otorgaba legitimidad y estatus en la sociedad colonial. Pero esta anacrónica expresión denigra a la Malinche sin tener en cuenta su trayectoria biográfica. Planteemos la historia en sus términos exactos, sin dejarnos llevar por los juicios consagrados en los textos de Paz. Doña Marina no podía ser traidora porque pertenecía a una tribu del sur, enemiga de los aztecas, y su experiencia vital le indicaba qué poco apoyo podría conseguir de su grupo de origen. El sentimiento panindígena, posterior a la independencia americana, no existía en este momento, de modo que no había lugar para la

⁽¹⁵⁾Destacamos en el estudio del mito las aportaciones de Rachel Philips en "Marina/Malinche. Masks and Shadows" (PHILIPS 1983), Luis Leal en "Female Archetypes in Mexican Literature" (LEAL 1983) y Rosa Helena Chinchilla en "La voz acallada de la mujer en dos crónicas de la Nueva España" (CHINCHILLA 1996).

infidencia de esta mujer. Bernal Díaz la convierte en uno de los principales personajes de su historia. Refleja cómo sus dotes diplomáticas no se limitaban al papel de intérprete, pues en numerosas ocasiones logró frustrar los intentos de masacrar a los españoles; por otra parte, siempre supo encontrar aliados para Cortés entre los enemigos de los aztecas. Como ha señalado acertadamente Julie Greer, Díaz narra la historia de doña Marina siguiendo el modelo del *Amadís de Gaula*. La influencia de este libro de caballerías parece haber sido determinante en la decisión del autor de presentar una información tan detallada sobre la Malinche. Así, refleja algunos hechos de juventud que la caracterizan ya como una heroína, correspondiendo los sucesos de su vida a los de la infancia y adolescencia de Amadís: "Both Doña Marina and Amadís are of noble lineage, and as children, they become victims of efforts to deny them their birthright. After the departure of their fathers -one dies and the other undertakes a journey- their mothers, with the aid of family servants or slaves, abandon them in secret. Amadís and Marina are then reared at some distance from their homes and by people whose culture is different from their own" (GREER 1983: 16)⁽¹⁾.

Doña Marina, descrita como "gran señora y cacica de pueblos y vasallos", se muestra ejemplarmente compasiva con su familia cuando la reencuentra. Ante el temor a posibles represalias que siente ésta por haberle arrebatado el cacicazgo, la Malinche replica comentando que ha encontrado un nuevo camino en su vida: "[Contestó que] Dios le había hecho mucha merced en quitarla de adorar ídolos ahora y ser cristiana, y tener un hijo de su amo y señor Cortés, y ser casada con un caballero como era su marido Juan Jaramillo; que aunque la hiciesen cacica de todas cuantas provincias había en la Nueva-España, no lo sería; que en más tenía servir a su marido e a Cortés que cuanto en el mundo hay" (DÍAZ DEL CASTILLO 1984 I: 159)⁽¹⁾.

Bernal Díaz magnifica su sabiduría y recursos comparándolos a los de un hombre, como se aprecia en el relato del asedio a Tlascala: "Digamos cómo doña Marina, con ser mujer de la tierra, qué esfuerzo tan varonil tenía, que con oír cada día que nos habían de matar y comer nuestras carnes (...) jamás vimos flaqueza en ella, sino muy mayor esfuerzo que de mujer" (DÍAZ DEL CASTILLO 1984 I: 242).

⁽¹⁶⁾Es interesante comparar en este sentido el capítulo XXXVII de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* y el I del Libro I de *Amadís*.

Esta descripción contrasta con los insultos que sufren Cortés y sus hombres, calificados por los indios como "mujeres" por su cobardía: "Y nuestros soldados (...) renegaban del pueblo y aun de la venida sin provecho, y aun medio corridos de cómo los mexicanos y los del pueblo les daban grande grita y les llamaban de mujeres, e que Malinche [Cortés] era otra mujer, y que no era esforzado sino para engañarlos con palabras y mentiras" (DÍAZ DEL CASTILLO 1984 I: 536-537).

En definitiva, a lo largo de estas páginas hemos podido apreciar cómo la imagen de la mujer indígena se construyó en las crónicas a partir de estereotipos bien definidos, a veces contradictorios entre sí. La mujer bella y virtuosa, la intercesora de los afligidos, la celosa, egoísta, lujuriosa y bestial, la hermosa y la fea, la noble guerrera, la hechicera, la mujer-objeto y la colaboracionista se han dado cita en un trabajo del que podemos extraer dos conclusiones fundamentales: los cronistas veían aquello que deseaban de acuerdo con su origen (indígena, mestizo o europeo), estatus social (soldados, frailes, testigos de los vencidos) e ideología (mercantil en el caso de los italianos citados y de los soldados españoles, comprometida con los indios en Las Casas). En segundo lugar, los testimonios aportados reflejan que la mujer fue una de las principales víctimas de la conquista. Objeto de violaciones y tributos salvajes, matrimonios impuestos, persecución política y religiosa, fue vendida a veces por sus propios parientes y menospreciada por encontrarse demasiado cerca del estado natural según las convenciones ideológicas de la época. Estos ejemplos corroboran de manera sangrante el papel tradicional de la mujer en la historia, como señala la poeta Diana Bellesi recordando a la reina Dido en unos hermosos versos que podrían haber escrito perfectamente las nativas americanas y con los que cierro mi exposición:

Mi reinado es
de las locas, no tiene regalías.
Tachada de la historia soy
leyenda, marca impresentable
mientras tú, fundas Roma (BELLESI 1992: 19-20).

FRANCISCA NOGUEROL
(UNIVERSIDAD DE SALAMANCA)

⁽¹⁷⁾Así ocurre también cuando Amadís se entrevista con los familiares que le habían hecho daño: la compasión es propia de las almas nobles, y retomando la historia bíblica de José, estos dos personajes perdonan a sus agresores del pasado.

BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA

- AA VV (1991) *Sagrada Biblia*. Valencia: Alfredo Ortells.
- Armas Wilson, Diana de (1996) "A imitación de las amazonas: mujeres aguerridas en *La Araucana*", en *Mujer y cultura en la colonia hispanoamericana*. Pittsburgh: ILLI, 23-34.
- Bellesi, Diana (1992) *El jardín*. Rosario-Buenos Aires: Bajo la luna nueva.
- Benavente, fray Toribio de (1985) *Historia de los indios de la Nueva España*. Madrid: Historia 16.
- Benzoni, Girolamo (1964) *Historia del Mondo Nuovo*. Milán: de Vig.
- Carreño, Alberto María (1944) *Un desconocido cedulaario del siglo XVI*. México: Ediciones Victoria.
- Carvajal, fray Gaspar de (1986) *Relación del nuevo descubrimiento del famoso río grande de las Amazonas en La aventura del Amazonas*. Gaspar de Carvajal et al. autores. Madrid: Historia 16.
- Chinchilla, Rosa Helena (1996) "La voz acallada de la mujer en dos crónicas de la Nueva España", en *Mujer y cultura en la colonia hispanoamericana*. Pittsburgh: ILLI, 35-49.
- Cieza de León, Pedro (1986) *Crónica del Perú*. Madrid: Historia 16.
- Colón, Cristóbal (1982) *Cristóbal Colón, textos y documentos completos*. Madrid: Alianza.
- Crovetto, Pier Luigi (1990) "La visión del indio de los viajeros italianos por la América del Sur", en *La Imagen del Indio en la Europa Moderna*. Sevilla: CSIC, 13-31.
- Díaz del Castillo, Bernal (1984) *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Madrid: Historia 16, 2 vols.
- Esteva Fábregat, Claudio (1988) *El mestizaje en Iberoamérica* Madrid: Alianza.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo (1986) *Sumario de la natural historia de Indias*. Madrid: Historia 16.
- Garcés, María Antonia (1996) "Fundaciones míticas: el cuerpo del deseo en Waman Puma", en *Mujer y cultura en la colonia hispanoamericana*. Pittsburgh: ILLI, 67-87.
- Garcilaso de la Vega, Inca (1960) *Historia del Perú*, en *Obras completas*. Madrid: BAE.
- Garcilaso de la Vega, Inca (1984) *Comentarios reales*. México: Porrúa, 1984.
- Gil, Juan (1989) *Mitos y utopías del Descubrimiento*. Madrid: Alianza. 3 vols.
- Gonzalbo Aizpuru, Pilar (1987) *Las mujeres de la Nueva España. Educación y vida cotidiana*. México: El Colegio de México.
- González, Ondina Ester (1991) *Colonial Latin American women, the case of Buenos Aires*. Michigan: UMI.
- Greer Johnson, Julie (1983) *Women in Colonial Spanish American Literature. Literary Images*. London: Greenwood Press.
- Irizarry, Estelle (1983) "Echoes of the Amazon Myth in Medieval Spanish Literature", en *Women in Hispanic Literature. Icons and Fallen Idols*. Berkeley: University of California Press, 43-66.
- Landa, fray Diego de (1985) *Relación de las cosas de Yucatán*. Madrid: Historia 16.
- Las Casas, Bartolomé de (1968) *Historia de las Indias*. Madrid: Aguilar, 3 vols.
- Las Casas, Bartolomé de (1985) *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Madrid: Sarpe.
- Las Casas, Bartolomé de (1992) *Apologética historia sumaria I*, en *Obras completas*. Madrid: Alianza, VI. 12 vols.

Lavallé, Bernard (1990) "Del indio al criollo: evolución y transformación de una imagen colonial", en *La Imagen del Indio en la Europa Moderna*. Sevilla: CSIC, 319-342.

Leal, Luis (1983) "Female Archetypes in Mexican Literature", en *Women in Hispanic Literature. Icons and Fallen Idols*. Berkeley: University of California Press, 227-242.

León, Fray Luis de (1950) *La perfecta casada*. Buenos Aires, Espasa-Calpe.

Leonard, Irving A. (1953) *Los libros del conquistador*. México: FCE.

Mora Valcárcel, Carmen de (1992) "El discurso de la mujer indígena en *La Florida* del Inca Garcilaso", en *El imaginario cultural en España e Iberoamérica*. Eva Valcárcel ed. La Coruña, Universidad de la Coruña: 160-176.

Muriel de la Torre, Josefina (1992) *Las mujeres de Hispanoamérica: época colonial*. Madrid: Mapfre.

Negre Cuevas, Angeles (1992) "La imagen de la mujer indígena en algunos cronistas de Indias", *Studi di letteratura ispano-americana*, 23: 7-20.

Pagden, Anthony (1982) *La caída del hombre natural*. Madrid: Alianza.

Pareja Ortiz, M^a del Carmen (1994) *Presencia de la mujer sevillana en Indias (vida cotidiana)*. Sevilla: Diputación Provincial.

Paz, Octavio (1981) *El laberinto de la soledad. Posdata. Vuelta a El laberinto de la soledad*. México: FCE.

Perry, Mary Elizabeth (1993) *Ni espada rota ni mujer que trota: mujer y desorden social en la Sevilla de los siglos de Oro*. Barcelona: Crítica.

Philips, Rachel (1983) "Marina/Malinche. Masks and Shadows", en *Women in Hispanic Literature. Icons and Fallen Idols*. Berkeley: University of California Press, 97-114.

Poma de Ayala, Felipe Guamán (1987) *Nueva Crónica y buen gobierno*. Madrid: Historia 16, 3 vols.

Pumar Martínez, Carmen (1988) *Españolas en Indias: mujeres-soldado, adelantadas y gobernadoras*. Madrid: Anaya.

Roel, Virgilio (1970) *Historia social y económica de la colonia*. Lima: Gráfica Labor.

Silverblatt, Irene (1993) "El arma de la hechicería", en *Mujeres invadidas: la sangre de la conquista de América*. Verena Stolcke ed. Madrid: Horas y Horas, 121-170.

Talavera, fray Hernando de (1911) *Escritores místicos españoles*. Madrid: BAE. I

Todorov, Tzvetan (1987) *La conquista de América. La cuestión del otro*, México, siglo XXI, 1987.

Vespucio, Amerigo (1984) *Il Mondo Nuovo*. Milán: Bulzoni.

Zink, Michel (1972) *La pastourelle*. París-Montreal: EDAC.